

## Bajo el peso del amor mismo

### Ciclo “Así habla el amor (a lo largo del cine)”

Parafraseando a Roland Barthes, el cine ha desempeñado una labor sentimental en el tejido cultural de nuestra civilización tan impagable como, acaso, perversa: nos ha hecho “*amar el amor*”. Advertía el pensador francés que esa “*explosión de lenguaje*” expresaba el modo en que “*el sujeto llega a anular al objeto amado bajo el peso del amor mismo: por una perversión típicamente amorosa lo que el sujeto ama es el amor y no el objeto*”.

Por más rostros y formas que adquiriera el sentimiento amoroso, yace la incontestable certeza de que, al traspasar los umbrales del raciocinio, incluso de la cordura, siempre se experimenta como un fenómeno nuevo, virgen, exclusivo. La imagen en movimiento ha transformado el fenómeno en una experiencia capaz de concretar la abstracción literaria o musical, ha entregado cuerpos y espíritus a sus llamas para registrar el temblor del fuego, ha buscado los ritmos precisos que excitan nuestros circuitos sensoriales. Lo dicho, ha encarnado el ideal romántico (¿acaso una quimera?) como algo que, necesariamente, hay que amar.

Pero el cine, como toda edad, con el tiempo también nos ha hecho *dudar* del amor y sus traiciones (*Pierrot, el loco*), lo ha convertido en un objeto en continua sospecha (*Amantes*), en un cliché romántico y sofisticado (*Desayuno con diamantes*), amenazado por la destrucción (*Crónica de un amor*), quizá porque previamente nos ha raptado con su destello (*Tú y yo*), nos ha hechizado con su sensualidad (*El piano*), con sus energías fantasmagóricas (Vértigo), sus abyecciones históricas (*Hiroshima, mon amour*) y sus tretas del destino (*Jennie*), para condenarnos después al padecimiento de su oscuridad (*Las dos inglesas y el amor*), de su arrebatada violencia (Cassavetes, Pialat, Scott) y sus mágicos crepúsculos (*Antes del atardecer*). El cine también nos ha hecho *padecer* el amor, sentirlo en categorías extremas (*Gertrud*) o epifánicas (*Te querré siempre*) que la vida y la muerte han podido o no desbordar (*El baile*), sea en la euforia correspondida (*Sé a dónde voy*), en la búsqueda (*El rayo verde*), el adulterio (*Breve encuentro*), la pulsión enfermiza (*Lolita*), la tragedia (*Romeo + Julieta*), el arrebato sexual (*El último tango en París*), la desesperación (*Corazón salvaje*), la aventura (*La reina de África*), la Obsesión, la fantasía poética (*La bella y la bestia*), la clandestinidad (*Brokeback Mountain*), la imposibilidad (*Los puentes de Madison, Caravana de paz*) o la excentricidad que no conoce edades (*Harold y Maude*). A riesgo de dejarnos deslizar por la cursilería, creemos que el único cine llamado a sobrevivir ha sido propulsado por el amor. Ninguna película que nace del odio y termina en él ha logrado sostenerse. O al menos es el amor el que inclina la balanza de su lado. Y más allá de afectos parentales o de filiaciones hemos querido entender esa noción inabarcable en su dimensión más clásica, en su *perversión típicamente amorosa*, en el estallido romántico de las miradas (*Manhattan*) y la extenuación de los cuerpos (*La vida de Adèle*), en sus milagros embriagadores (*Embriagado de amor*), su humor resistente (*El bazar de las sorpresas, El apartamento*) y su memoria (¡*Olvídate de mí!*), en cómo el amor se ha expresado en la pantalla cuando ha retratado el “raptó”, que de nuevo en acepción de Barthes, representa el alumbramiento del amor, cuando el sujeto es “*capturado y encantado por la imagen del objeto amado*” (*La edad de la inocencia*). El programa, en las pantallas de Filmoteca Española durante algo más

de dos meses, se llama “Así habla el amor (a lo largo del cine)”. El cine que nos ha hecho amar el amor, por más inexplicable que éste sea.

Más de cincuenta títulos por tanto para romper (o corroborar) la arraigada sensación de nuestros tiempos fríos y desapasionados, porque “*el discurso amoroso de hoy es de una extrema soledad*”, decía también el semiólogo francés, quien descendió a la raíz lingüística para nombrar aquello que tantas dificultades encontraba para ser nombrado. El lenguaje del cine nunca tuvo problemas, desde sus balbuceos, para atrapar el misterio. *Amanecer* y *Luces de la ciudad*, Murnau y Chaplin, son acaso la cara y la cruz, la luz y la oscuridad, la salvación y la perdición de todas las edades del amor que ha ido registrando la pantalla durante más de un siglo. Dotaron a la expresión amorosa de la singularidad del lenguaje cinematográfico, de la emoción que solo el cine podía transmitir, reformulando o apartándose de las tradiciones literarias del sentimiento romántico. De esas fértiles raíces germinaron las grandes miradas hasta hoy, los grandes demiurgos de la pasión: Ophüls, McCarey, Fassbinder, Renoir, Buñuel, Ray, Ozu, Rossellini, Almodóvar, Huston, Linklater, Antonioni, Cassavetes, Wong Kar-wai, Ashby, P. T. Anderson... Ellos han dado un vocabulario al amor. Para que hable bajo el peso del amor mismo.

**Carlos Reviriego**  
Director de Programación  
Filmoteca Española